

VIDA MONÁSTICA EN AMÉRICA LATINA E INCULTURACIÓN*

Partimos de la constatación de que este tema forma parte del tema más amplio de las relaciones entre Evangelio y cultura, en otras palabras de la inculturación del Evangelio, presentado por la Constitución *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II (53-62, especialmente 58), magistralmente elaborado por la *Evangelii nuntiandi* del Papa Pablo VI (especialmente EN 20) y abordado a nivel latinoamericano por la Conferencia de Puebla (385 - 443). Como la vida monástica en el fondo no es más que una determinada forma de vivir el Evangelio, comparte con éste la tarea, las dificultades y también los éxitos de la inculturación. Es por eso que podríamos leer toda la *Evangelii nuntiandi* en clave monástica.

Asumo la definición y descripción del concepto "cultura" que ofrecen los párrafos 386 a 393 de Puebla. La palabra "inculturación" no aparece, creo, en los documentos de Puebla, pero su realidad es identificada y descrita en los párrafos 394-408. Debo mucho a la obrita "Religión y cultura" del teólogo argentino, Pbro. Lucio Gera, para esclarecer el mensaje de Puebla en lo que se refiere a este punto.

En cuanto a "vida monástica", sin entrar en mayores matices, entiendo por ella el modo de seguir a Cristo que nos enseña san Benito en la Regla y que hemos recibido en América Latina, a través del estilo propio de nuestras casas madres.

* Ponencia en el V Encuentro Monástico Latinoamericano, México, 19 de julio de 1986.

Determinados en esta forma los elementos que entran como factores en el proceso de encarnación del hecho monástico en América Latina podemos preguntarnos qué ha pasado en nuestros monasterios en los veinte años de post-concilio en materia de inculturación.

Quisiera descartar de partida una manera de encarar el problema que me parece superficial: la de nombrar algunas características de la cultura latinoamericana —que a lo mejor ni siquiera son tan auténticas como solemos creer— para preguntarnos en seguida si ellas se encuentran también en nuestros monasterios, o para introducir las en ellos si aún no se encuentran allí. Esto no es un error, pero no toca el fondo del problema de la inculturación.

La pregunta es más bien si la vida monástica, tal como nos la propone san Benito, ha entrado a formar parte de la cultura latinoamericana, o al menos de la cultura eclesial latinoamericana, si es un factor que pesa en nuestras Iglesias. Para entender mejor este planteo establezcamos la siguiente comparación: ¿Nuestros monasterios, nuestra espiritualidad, serán tan de América Latina como, por ejemplo, Cluny y Cîteaux forman parte cordial del mundo medieval o como los monasterios de San Juan Clímaco y de San Teodoro Estudita son una cosa con el mundo bizantino, o como son plenamente rusos ortodoxos los monasterios y los monjes descritos por Dostoiewski en sus novelas?

Me siento incompetente para dar respuestas rotundas; prefiero más bien atenerme a ciertas hipótesis de trabajo. Y antes que nada: mis proposiciones nacen de mi experiencia monástica en el Cono Sur; en cambio mis conocimientos sobre el monacato del Brasil son sólo literarios y aún más modesta es mi información sobre el mundo de ABECA. Confesada esta debilidad, avanzo la *primera hipótesis de trabajo*, y es que los monasterios brasileros antiguos forman más parte de la cultura de su país que los nuevos y desde luego, más que los del resto de América latina. Creo que el proceso de inculturación de la vida monástica en el Brasil ha sido efectivo.

La *segunda hipótesis de trabajo* consistiría en decir, que la vida monástica en el Cono Sur está en los comienzos del proceso de inculturación. Supongo que en la región de ABECA sucede algo parecido.

Espero que esto no se entienda como una crítica. No quiero decir que la vida monástica en el Cono Sur sea un cuerpo extraño en el contexto de la cultura local, ni que esté mal encaminada, ni mucho menos. Simplemente creo que la vida monástica todavía no forma parte de nuestra Iglesia, como forma parte de ella; por ejemplo, la vida franciscana o la de la Compañía de Jesús. Por estas comparaciones ya nos percatamos de que el factor tiempo es decisivo. El proceso de inculturación es algo orgánico, algo que requiere vida y tiempo. Cuando llegaron los primeros monjes enviados por el Papa san Gregorio Magno a Inglaterra, los eclesiásticos autóctonos, los monjes celtas, hablaban un poco desafiadamente de “los romanos” y designaban a nuestro fundador como “Benito

romano". Pero en menos de cien años tenemos a un san Wilfredo, a un san Beda el Venerable, a un san Bonifacio y docenas de macizos monjes y monjas anglosajones van a llevar el Evangelio —y junto con él, la vida monástica— a los países germánicos. Algo parecido ocurre en la evangelización del Nuevo Mundo: la primera evangelización de las Antillas, entre 1492 y 1520 fue un descalabro o en gran parte, un fracaso. Pero cuando comienza la evangelización de México, surgen un Bernardino de Sahagún, un Vasco de Quiroga, un Motolinia, que son gigantes de la inculturación. Y no sólo eso: la misma Santísima Virgen María levanta su cátedra de inculturación definitiva y gloriosa en Guadalupe.

Mi *tercera hipótesis de trabajo* sería entonces que la acabada inculturación de la vida monástica en América latina es cuestión de tiempo, de vivir como monjes en contexto latinoamericano.

¿No habría entonces nada de qué preocuparse, sino sólo dejar tiempo al tiempo? De ninguna manera. Creo que sería recomendable tomar en cuenta algunos puntos de vista que podrían sernos útiles e incluso, necesarios.

El P. Abad D. Bernardo Olivera, de la Trapa de Azul, Argentina, en un estudio titulado "Inculturación del patrimonio cisterciense" (Cuadernos Monásticos 69 — 1984 — pg. 27 ss.), que también me ha servido muchísimo, hace notar que en el proceso de inculturación no se trata simplemente de adaptación, de acomodamiento monástico a las circunstancias latinoamericanas, sino de un dinamismo bi-polar: un polo es, desde luego, la cultura latinoamericana y el otro es el patrimonio monástico y es éste el polo decisivo. Recurriendo de nuevo a los ejemplos: aquella maravilla histórica que fue la evangelización de México no consistió en que los aztecas decidieran qué elementos podrían serles útiles del cristianismo para insertarlos en sus rituales, sino en que grandes varones de Dios como los ya mencionados Bernardino de Sahagún, Vasco de Quiroga, Motolinia y muchos otros, imbuidos como estaban de fe cristiana, descubrieron todo lo que había de semillas del Verbo en los aztecas y en base a esa afinidad, sobrenaturalmente detectada, establecieron fecundos canales de comunicación.

No vamos, pues, a hacer obra de inculturación revistiendo la vida monástica de ropaje latinoamericano, o haciendo predominar en el horario del monasterio asuntos latinoamericanos o, peor aún, sacrificando valores de la vida monástica en nombre de valores o pretendidos valores latinoamericanos. Digo esto porque ha sucedido en una fundación monástica hecha en uno de nuestros países, que los fundadores europeos en su loable deseo de ser como sus paisanos de adopción y de conocer lo más posible su nueva patria, se entregaron de lleno a esta tarea meritoria en sí, pero olvidada de la necesidad del cultivo del otro polo, del polo del patrimonio monástico. Aquel monasterio no se desarrolló, por último tuvo que cerrarse y el obispo local declaró sentirse "muy defraudado" de los monjes. Los peligros señalados por *Evangelii nuntiandi* (Nros. 63 y 64) en cuanto a una inculturación equivocadamente enfocada, no

son imaginarios.

Propongo, pues, como *cuarta hipótesis de trabajo*, que el esfuerzo de inculturación nuestro tiene que estar basado ante todo en un esmerado respeto y cultivo del patrimonio monástico, en la convicción de que el desarrollo de este polo es, para hablar en lenguaje escolástico, como la forma, como el alma del proceso de inculturación, siendo la materia (o el cuerpo), la cultura. Creo que esta manera de encarar las cosas puede derivarse sin dificultad de la doctrina de *Evangelii nuntiandi* y está bien en la línea de los dos Papas maestros de la teología de la inculturación, que son Pablo VI y Juan Pablo II.

El Papa Montini, en la Audiencia general del 13 de octubre de 1976, observaba dos tendencias, dos modos de procurar la renovación de la Iglesia en su adaptación al mundo actual. Una, que parte de la consideración de las realidades terrestres para dar al cristianismo expresiones nuevas y adherentes a la mentalidad moderna (partir de la cultura para llegar al Evangelio) y otra, “que parte de la consideración de las verdades reveladas, de los valores propiamente religiosos, de la fecundidad inagotable de la tradición y que se alimenta del gozo de este continuo descubrimiento, de tal modo que desborda en una exigencia apostólica y misionera... y se introduce en su enmarañada trabazón como un aceite benéfico, como un fermento vital, como un mensaje de alegría, de bondad, de esperanza” (partir de la fe para impregnar la cultura). Si bien el Papa no condena el primer camino, su simpatía está plenamente por el segundo.

Esta doctrina, que podríamos llamar como de la preeminencia del Evangelio frente a la cultura, es la constante de *Evangelii nuntiandi* y Juan Pablo II la sostendrá en las numerosas intervenciones suyas que se refieren a este tema. El motivo por el cual los dos Papas acentúan y privilegian el polo del Evangelio, de la Iglesia, de la tradición católica frente al polo de la cultura, no es sólo la eminencia natural de la revelación con respecto de la historia, ni menos una desestimación del valor de la cultura. Por el contrario, Juan Pablo II no cesa de hablar del “gran valor de las culturas”, ante todo si se unen con el Verbo eterno por medio de la evangelización. Pero al Papa actual no se le oculta tampoco “el carácter puramente instrumental de las culturas, sometidas siempre a fuertes cambios bajo la influencia de una evolución histórica muy marcada” (Alocución a la Pontificia Comisión bíblica, abril de 1979). En otras palabras: la cultura no es algo constante y absoluto, sino algo sometido a variación, incluso a desnaturalización. En cambio la revelación —y todo lo que va incluido en ella— es una realidad única y constante. Por eso mismo la Conferencia de Puebla no habla de la cultura latinoamericana como de una realidad absoluta y definitiva, sino como de algo que sufre diversos impactos que producen cambios y procesos culturales (Nros. 412-419).

Y esa misma Conferencia de Puebla que constata lo cambiante del fenómeno cultural latinoamericano apela al valor permanente de la vida monástica cuando en una Nota sorprendente al Nro. 272 afirma que “el hecho de mayor

relevancia política de la Edad Media fue la fundación de los monjes benedictinos, porque su forma de vida comunitaria se convirtió en el gran modelo de organización social para la Europa naciente”.

Lo que vale del Evangelio, vale, como hechos dicho, derivadamente, de la vida monástica. Por ello el dinamismo de su inculturación en América Latina debe ser conducido e impulsado por el esmerado aprecio del patrimonio monástico. “Inculturar nuestro patrimonio, afirma Bernardo Olivera, es un proceso mediante el cual los valores y las formas cistercienses (monásticas) entablan un diálogo con una cultura dada, revitalizando sus valores y corrigiendo sus desvalores; pero, por el otro lado, los valores de nuestro patrimonio monástico se enriquecen con un sentido más pleno de catolicidad” (C.C.M.M. art. cit. pág. 48). Decayendo la convicción de la importancia de este patrimonio, se debilita también el proceso de inculturación. Si Bernardino de Sahagún y Motolinia tuvieron tanto éxito con los antiguos mexicanos fue porque ambos eran en primer lugar profundamente franciscanos. Y siendo profundamente franciscanos pudieron comprender y amar lo que había de profundamente evangélico en los antiguos mexicanos. No hay como leer sus obras para percatarse de la fuerza de este mutuo encuentro.

Después de esta reflexión podemos retornar a la pregunta inicial de qué ha sucedido en los veinte años de postconcilio en los monasterios del Cono Sur (de los demás no me compete hablar) en materia de inculturación. Diría que muchas y muy buenas cosas; algunas deliberadamente buscadas, otras —la mayoría— en forma inconsciente, como el trigo que crece aunque duerma el sembrador. Si el resultado aún no es satisfactorio será en parte porque debe pasar más tiempo y en parte —cada uno debe ser coherente con sus ideas— porque no habremos consagrado más tiempo a profundizar nuestro patrimonio monástico.

¿Qué hacer en el futuro? Resolver esto no puede ser asunto de una sola cabeza, sino que debe ser estudiado en común y con mucha paciencia. Con todo, podrían darse las siguientes sugerencias:

1. Hay cosas que no se necesitan estudiar, sino que se llevan en la sangre o que se reciben en herencia por el mismo modo de vivir de nuestros pueblos y ellas sin duda son los factores más importantes del polo “cultura”.

2. Pero también hay otras cosas que conviene estudiar y cultivar, para no hablar superficialmente de los valores culturales latinoamericanos. Entre ellas está sin duda la historia de la Iglesia en América Latina o la historia de los santos de estas tierras.

3. Las materias monásticas (historia, espiritualidad, Regla, Constituciones, Declaración sobre la Vida benedictina del Congreso de abades de 1967 y Declaración sobre la Vida cisterciense del Capítulo general de 1969) deberían ser cultivadas con la convicción de que en ello reside no sólo nuestra autenticidad

dad como monjes, sino también el éxito de nuestra inculturación.

4. Las reuniones monásticas fuera del propio monasterio (Cursillos, Reuniones regionales, Asambleas de Conferencias monásticas, Encuentros monásticos latinoamericanos), siempre que no se exagere en ello, son un factor no desdeniable de la inculturación regional o continental y contribuyen no sólo a estimular la formación y mantención de la conciencia de una gran causa común dentro de la Iglesia de América Latina, sino que podrían ayudar también a una mayor unidad dentro de la diversidad, incluso a cierta respetuosa homogeneización.

Monasterio de San Benito de Llíu-Llíu
Casilla 501 – Limache – Chile

Mauro MATTHEI, osb